

Y si á Dios y al César hemos de dar cuanto poseemos y cuanto somos, ¿qué queda para nosotros?

Si á cada uno se le ha de dar lo que le es debido ¿quién nos dará lo que se nos debe?

Así hemos de dar siempre sin la esperanza de que nos toque la recíproca.

Y no dan todos, ó á lo menos hay muchos que dan lo de los otros, reservándose una parte considerable. El privilegiado paga al César, pero es con parte de la riqueza acumulada con la explotación, y con lo que se reserva todavía existen fortunas dignas de compararse con las de los reyes más poderosos. El sacerdote, como vive exento de todas las cargas sociales, nada da al César, ni tampoco á Dios, que carece de manos para tomarlo, contentándose con predicar una moral cuya existencia se expresa por la conocida fórmula: haz lo que te digo y no lo que hago.

De modo que resulta evidente que con la máxima "dad al César lo que es del César y á Dios lo que es de Dios", lejos de establecer una fórmula universal de justicia, sólo se ha cimentado la iniquidad.

«Es necesario un Dios para la canalla» ha dicho un filósofo; no sé si como un consejo á los tiranos y á los explotadores ó como una excitación á la dignidad de los oprimidos y de los explotados.

«El pueblo reza y paga», ha dicho un pensador para expresar gráficamente nuestra abyección moral y material.

A eso ha venido á parar la justicia según el Evangelio.

No; á pesar del Evangelio, nada debemos al César. Nuestra, es decir, de todos es la tierra; nuestras son las fuerzas todas de la naturaleza en tanto que las conocemos y las supeditamos por la ciencia; nuestras son las riquezas con tales elementos producida.

No; á pesar del Evangelio, no podemos abdicar en lo más mínimo de lo que constituye nuestro sér, y si un fanático que á sí propio se llamó Dios pudo decir «el que quiera venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, tome su cruz cada día y sígame,» quédese solo en su temeraria pretensión, que nosotros nada debemos á Dios.

No existe, pues, la justicia en el Evangelio.

Nosotros como seres humanos que aspiramos al desarrollo de nuestras facultades, y como trabajadores que no queremos compartir el fruto de nuestro trabajo con holgazanes y embaucadores, detestamos el Evangelio.

A la inicua fórmula evangélica podemos oponer otra no revelada por ningún poder sobrenatural, aunque absolutamente racional y justa:

No hay deberes sin derechos: no hay derechos sin deberes."

ANSELMO LORENZO

Enemigos de sí mismos

Muy melancólico es para nuestro ánimo decir que el prisma de la masa que forman los escarnecidos y descontentos contiene irisaciones al revés; no irisaciones de candencia, de relámpago, de pira avivada por vestales sedientas de fuego inmenso, sino opacas, sombrías y tenebrosas de noche abrumadora y fatal. Pero ¿qué nos importa una tristeza más, una nueva condolencia, si al escribir estas cosas nos aligeramos de un peso abrumador que nos hace jadear y sentimos el beso

de una ráfaga bienhechora con hálitos que infunden consuelo profundo? ¿Qué importa que nuestro lenguaje contenga un algo de intemperancia y osadía, si al fin y al cabo, la franqueza, por ruda, austera, irónica y punzante que sea y por exóticos, desaliñados y grotescos que sean sus modales, siempre será franqueza y como tal superior á la más retocada, encubierta y pulida hipocresía?

No podemos detenernos; nos parece lo más odioso dejar de decir lo que